



El doctor Frederick Cook en 1907, justo antes que desapareciera para irse al Ártico, de donde regresaría diciendo que había batido a Robert E. Peary en el Polo Norte. El año anterior a que se tomara esta foto, Cook había falseado la primera ascensión al MacKinley, pero todavía no se le había desacreditado en público.

Capítulo 6 EL DOCTOR COOK Y EL MACKINLEY

Por su propia naturaleza, resulta difícil desenmascarar un fraude de exploración. Una placa, una bandera o un nombre grabado en una roca pueden probar que un explorador estuvo allí, pero la ausencia de tales elementos no puede, por sí misma, probar lo contrario. Como el Polo Norte es una vasta extensión de una masa de hielo a la deriva sin rasgos geográficos propios, nadie podría plantar allí una marca duradera. Como las cumbres de las montañas altas duermen bajo las nieves cada invierno que pasa, las señales de que por ellas ha pasado alguien desaparecen igual que lo hacen las huellas en la arena del desierto.

Así, cuando se desenmascara una aventura falaz, la evidencia contra quien la ha perpetrado tiende a ser circunstancial: inconsistencias con lo que contó el explorador, falta de datos o datos contradictorios, falta de corroboración por personas que llegaron allí posteriormente, testimonios contradictorios de los propios compañeros de quien reclama la primicia o la inherente improbabilidad de que el logro se haya conseguido de la manera en que se sostiene. Como mucho, años o siglos después de una falsedad de éstas, sus estudiosos sólo pueden decir que la abrumadora evidencia pesa más que la afirmación del explorador. Queda un germen de duda, la lejana posibilidad de que a fin de cuentas esa persona sí que hiciera en realidad lo que contó que hizo.

En la historia de la exploración no hay fraude desenmascarado de manera tan concluyente como la pretensión del doctor Frederick Cook de haber alcanzado la cumbre del MacKinley en septiembre de 1906. Cook fue un embustero por partida doble, pues tres años más tarde emergió desde el Ártico para anunciar que había alcanzado el Polo Norte junto con dos compañeros esquimales, aserción descartada de manera casi tan concluyente como la del MacKinley. El doctor vivió sus treinta últimos años de vida en la ignominia pública y hasta cinco años en un penal federal por una estafa sobre terrenos petrolíferos. A pesar de todo, nunca se desmoronó,

jamás confesó, y se fue a la tumba en 1940 reclamando su inocencia, con pleitos pendientes contra sus detractores.

Un hombre así dista de ser candidato a figurar en un libro de mártires. Tal vez la faceta más extraordinaria del fenómeno Frederick Cook haya sido su habilidad para inspirar a gente que lo creyó de verdad, a revisionistas que insisten en que el doctor llevó a cabo todo lo que dijo que hizo y que fue, en palabras de su biógrafo más reciente, «no sólo una de las mayores víctimas de la historia de Estados Unidos, sino el más grande campeón de todos los tiempos».

El MacKinley, que con sus 6.194 metros es la montaña más alta de América del Norte, ya fue observada por buscadores de minerales y petróleo en la década de 1890, pero se sabía poco de ella hasta que uno de ellos, W. A. Dickey, la bautizó con el nombre del entonces presidente y, a su regreso a Estados Unidos, escribió un artículo sobre ella en un periódico. En 1903, dos expediciones, una de ellas bajo la dirección del doctor Cook, intentaron ascender la montaña desde el norte. Uno de los problemas que presentaba el MacKinley, y no el más desdeñable, era su extrema inaccesibilidad, pues sólo alcanzar la base de la montaña requería una formidable travesía por la tundra, por ríos y glaciares de los que no existían mapas. Las expediciones de 1903 comenzaron a abrir lo que más tarde se conocería como el Muro Wickersham, el mayor precipicio de América del Norte. No es sorprendente que apenas se adentraran un poquito en las defensas de la montaña.

En 1906 la primera expedición en acercarse al MacKinley por el sur alcanzó las morrenas inferiores de dos glaciares gigantes que descendían desde un complejo caos de paredones de granito y pilares de hielo. Al doctor Cook lo acompañaban en su intento dos de los más renombrados pioneros del MacKinley, el profesor Herschel Parker y el artista Belmore Browne, hombres que más tarde jugarían un papel importante en desenmascarar el engaño de Cook. Tras haber penetrado en julio hasta el borde de los bastiones de la montaña, el grupo de siete hombres se retiró descendiendo el río Susitna hasta la costa del Pacífico. La temporada ya estaba demasiado avanzada para explorar, pero Cook declaró que deseaba regresar para hacer un nuevo reconocimiento, y junto al herrero y jinete de Montana Edward Barrill se puso de nuevo en marcha en dirección al MacKinley, a mediados de agosto. En poco más de un mes estuvieron de vuelta en la civilización. Y Cook anunció al mundo que ambos habían hollado su cima el 16 de septiembre.

Browne y Parker dudaron desde el primer momento de la historia que contó el doctor. Browne se llevó a un lado a Barrill tan pronto como



MUSEO DE CIENCIAS DE BOSTON. © BRADFORD WASHBURN

El MacKinley desde el sudeste. El Pico Falso de Frederick Cook es el que señala la flecha. El glaciar Ruth, por el que Cook sostenía haber llegado hasta el pie del MacKinley, es el gran glaciar que asciende desde la esquina inferior izquierda hasta el centro de la imagen.

lo vio, y más tarde contaría que el jinete le dijo: «Puedo contárselo todo sobre los picos al sur de la montaña, pero si quiere informarse sobre el MacKinley, vaya y pregúntele a Cook». A pesar de eso, la controversia resultante pudo haberse quedado apenas en la palabra de uno frente a las dudas de otro. Pero en 1910 Browne y Parker, en el transcurso de una segunda tentativa al MacKinley desde el sur, consiguieron abrir una fisura en la frágil vasija dentro de la que Cook defendía su logro, aunque hasta 1957 esa vasija no se haría añicos. Cook había cometido un error fatal: regresar del MacKinley con una foto de la cumbre.

La historia de Frederick Cook es una parábola de ambición y engaño, patética en sus detalles, trágica en sus consecuencias personales. Ese hombre no era un mero chapucero o incompetente. La gran ironía de su trayectoria es que de haber recibido crédito sólo por las gestas geográficas que logró en realidad, hoy se le consideraría como un explorador de no poca importancia.

En 1906, a la edad de cuarenta y un años, Cook acumulaba ya la experiencia de seis grandes expediciones. En 1891-1892 participó como «cirujano y etnólogo» en una expedición bajo las órdenes de Robert E. Peary, quien más tarde se convertiría en su acerbo oponente en la controversia polar de 1909. La expedición de Peary, la primera de cuatro expe-

diciones árticas en las que Cook tomaría parte, intentó alcanzar el punto más septentrional de Groenlandia y demostrar así que esa masa de tierra era una isla. Cook también hizo de médico en la expedición belga a la Antártida en 1898-1899, la primera que se vio forzada a pasar el invierno en los mares que rodean el continente. Dos años más tarde se convirtió en uno de los miembros fundadores del Club Alpino Estadounidense.

Los informes de la mayoría de los camaradas de Cook durante esos seis viajes lo retratan como un explorador experto y entusiasta. Durante el viaje en barco a Groenlandia, Peary se había roto una pierna. Cook le colocó el hueso con destreza. Peary alabó más tarde los servicios del doctor, tanto médicos como etnográficos. Roald Amundsen, su compañero en la expedición belga a la Antártida, llamó a Cook «el mejor viajero que vi jamás». El viaje de 1903, aunque fracasó en su objetivo de subir al MacKinley, supuso dar un rodeo completo a la montaña, algo no repetido hasta 1978.

Pero ya antes de 1906 había indicios de que Frederick Cook era un hombre difícil, incluso tal vez una persona poco fiable. Las críticas más fuertes aparecieron en el *Shameless Diary of an Explorer* (El descarado diario de un explorador), de Robert Dunn, libro único sobre literatura de expedición. Dunn, periodista y protegido de Lincoln Steffens, estableció un relato iconoclasta y sin restricciones sobre la expedición de 1903, de la que él fue un miembro esencial. Los retratos de varios de sus colegas eran tan cándidos que Dunn sintió necesario cambiar sus nombres. *El Profesor*, pomposo, perezoso, dogmático pero confundido, resulta un personaje fascinante para el estudio, sobre todo para el lector que busque claves de la personalidad de Cook que puedan ayudarle a comprender sus mixtificaciones posteriores.

¿Qué tipo de hombre era Frederick Cook en realidad? No se sabe mucho de su juventud, pero dos hechos destacan de las páginas de sus biógrafos en lo que, por lo demás, son crónicas aburridas de sus años de formación. El primero fue la pérdida de su padre a consecuencia de una neumonía cuando él tenía apenas cinco años. El segundo era un defecto que lo hacía hablar de manera gangosa y que lo afligió durante toda su vida (Dunn lo menciona, a veces con desdén).

La primera experiencia de su infancia, escribiría años más tarde en su *Return from the Pole*, fue la pobreza, lo que sólo pareció avivar su ambición natural. «Con la abyecta necesidad como mi mejor fuente de motivación», Cook consiguió completar sus estudios en la facultad de medicina de la Universidad de Nueva York. Se casó a la edad de veinticuatro años y poco después se estableció para ejercer en Manhattan. Pero

durante sus seis primeros meses, sólo vio a tres pacientes. Entonces, como si se repitiera la bofetada que recibió en su niñez al perder a su padre, la esposa del médico murió de peritonitis al dar a luz; y también el bebé murió. Desolado, Cook se refugió en gruesos libros sobre viajes y exploración. Cuando leyó en un periódico que Peary necesitaba un cirujano para su inminente expedición al Ártico, le escribió una carta de solicitud. Así se convirtió en explorador.

Aparte de los sarcásticos pero penetrantes retazos literarios de Dunn, las fuentes de información principales para estudiar el personaje del doctor Cook son sus propios libros. Era un escritor rodado, dotado tanto de claridad como de poder evocador; sus *ideas*, sin embargo, tendían a ser convencionales y sentía debilidad por los pasajes barrocos. Si hay una sola característica sobresaliente de su manera de ver las cosas, ésta es su afición por contemplar toda la creación en términos de una pugna elemental entre vida y muerte. En el norte llegaría a ver el paisaje en esos términos: «Estos líquenes de roca ártica representan una forma de muerte en vida. Se necesitaría un microscopio para determinar en la sustancia de la planta dónde comienza la vida y dónde la muerte». En un momento crítico del viaje medio ficticio que Cook hizo pasar como su «regreso del polo», el doctor y sus amigos esquimales, relata él, debieron abandonar a sus perros. Descartando la idea de dispararles para que no murieran de hambre, decidió: «No. Donde hay vida hay esperanza. La muerte es demasiado definitiva para que el pensamiento pueda captar lo que supone: es el fin».

Igual que muchos aventureros de hoy, Cook hizo una interpretación romántica de la naturaleza salvaje y en *Return from the Pole* la situaba de manera espectacular en el extremo opuesto de «las condiciones de la moderna vida en las ciudades que socavan la vida», en las cuales

el ejercicio físico queda prohibido por la limitación de espacio y la facilidad de la locomoción mecánica; la energía mental se fatiga para hacer frente al alocado ritmo de esta edad materialista. El estómago sufre el abuso de comidas no naturales, el bígado y los riñones se endurecen por bebidas venenosas, los pulmones respiran un aire de invernadero, poblado de gérmenes, la enfermedad aja los músculos.

Esa inclinación a los corolarios, una fuerte creencia de Cook, era la atribución de un «misterio y una promesa» renovados en el mundo para aquéllos que sufren de privaciones y penalidades extremas???

Uno no puede ignorar la impresión de que Cook fue un solitario durante toda su vida. Los relatos oficiales de sus expediciones apenas dejan ver quiénes fueron sus compañeros. En *To the Top of the Continent*, nunca se presenta al grupo de 1903, y la única frase que revela sus nombres completos es un pie de foto (que por supuesto omite el nombre del fotógrafo, el aguerrido aventurero de la expedición).

Y es que muchos exploradores eran gente solitaria, y muchos de los buenos fueron hombres fuertemente motivados para triunfar, de los dados a dicotomías simplistas entre vida y muerte, acción y contemplación. En el *Shameless Diary*, de Dunn, el retrato de Cook comienza a entrar en particularidades. En la más pura tradición de Steffens, dado a sacar a la luz escándalos de figuras públicas, el *Diary* dice con exactitud lo que sucedió en la expedición de 1903, sin omitir trifulcas personales ni vergüenzas privadas. En este sentido, las intenciones de Dunn van a contracorriente de la caballerosa tradición en escritos sobre exploraciones de mantener la «ropa sucia» apartada de los ojos del público, y más de un contemporáneo no precisamente partidario de Cook secundaría la opinión de Hudson Stuck, el hombre que en 1913 hizo de verdad la primera ascensión al MacKinley:

El libro, a pesar de su brutal franqueza y de ambicionar «el magro prestigio de resultar ingenioso», tiene una fuerza curiosa e innegable y puede que pase a la posteridad. Sin embargo, uno agradece que ésa no sea la norma en la literatura de viajes.

El caso es que un lector de hoy en día encuentra dicho libro irresistible y no puede dudar de que el *Profesor* de Dunn sea el doctor Cook en persona. Dunn perdió toda fe en la capacidad de Cook como líder ya casi desde el principio de la expedición.

Creo que él afrontaría la muerte y el desastre sin inmutarse, pero que lo haría gracias a la insensibilización que traen consigo la edad y el tener demasiada experiencia, no por verdadero coraje. No puedo creer que tenga imaginación; no ha mostrado siquiera una de las cualidades que debe tener un líder. Parece nuestro sirviente diligente.

Entre las críticas más graves que Dunn le hace a Cook, sobre todo a la vista de su posterior afirmación de haber alcanzado el Polo Norte,

está la de que no tenía «sentido de la orientación», que siempre estaba perdiendo el camino y que tendía a elegir siempre las peores sendas entre los alisos. En más de una ocasión la expedición anduvo bastante desorientada en la salvaje naturaleza de Alaska (aunque hay que reconocer que estaba sin cartografiar).

Los argumentos de los modernos detractores de Cook en relación a la controversia del polo (en especial los del estudioso Dennis Rawlins) incluyen la sospecha de que Cook ni siquiera sabía utilizar un teodolito, sin cuyo conocimiento habría estado completamente perdido en el Ártico una vez fuera de las orillas de la isla de Ellesmere. La expedición de 1903 tenía un teodolito. Antes de que se sospechara que Cook había cometido un fraude, Dunn ya escribió algo que presagiaba su crítica central:

El Profesor acaba de deducir nuestra posición con un mapa, un lápiz y una pajita...

—Ahora tenemos una buena ocasión de utilizar su teodolito —dijo hoy Miller, señalando un recodo del [glaciar] Muldrow, sobre cuyo trazado habíamos estado hablando. El Profesor apenas sonrió y no llegó a tocar el instrumento, igual que en numerosas ocasiones anteriores cuando quisimos hacer una toma de datos.

Años más tarde, en las páginas de su autobiografía *World Alive*, Dunn cristalizó sus impresiones de su primer encuentro con el doctor.

Ahora, cuando tiene cuarenta años y se le puede considerar viejo si se comparan con mis veinticinco, seguía teniendo ganas de explorar. Pero por lo demás era un tonto con cara de oveja, cabello lacio y claro y gran mostacho, ojos azul lechoso, sonrisa fija y un leve gangueo... Cook era optimista, aunque a menudo lo asediaba una languidez enigmática. Tomaba decisiones inconexas, parecía indiferente; aún así, su solemnidad, pomposa y firme, resultaba incuestionable y lo colocaba a salvo de las críticas.

Muchos de los detalles del retrato de Dunn se ven sorprendentemente corroborados por un periodista llamado W. T. Stead, que fue de los primeros en recibir a Cook en Copenhague en 1909, cuando regresó de su viaje *polar*. Stead creía por completo que Cook contaba la verdad, a pesar de que ya se estaba extendiendo la controversia entre el doctor y su archirrival Peary. A pesar de ello, a los ojos de Stead:

Más que a un hombre, se nos asemeja a un muchacho, un muchacho ingenuo y sin experiencia que necesitaba con urgencia que alguien se ocupara de él y le dijera por su propio interés qué debía hacer... Un aspecto más bien enojoso de su lado infantil era, en casi cualquier cosa, su incapacidad para tomar una decisión y ceñirse a ella... Si hubiera sido así de indeciso y voluble en las regiones árticas, nunca hubiera llegado a lugar alguno, y desde luego no habría regresado a casa... No es, diría yo, un hombre imaginativo.

¿Un muchacho sin imaginación que no pudo decidirse por una historia coherente? ¿Cómo pudo entonces Cook, como embaucador, engañar a alguien? Stead proporciona una clave inconscientemente paradójica: «Es al tiempo demasiado honesto y demasiado limitado para haber concebido un fraude tan colosal».

Debe recordarse que hasta agosto de 1906 a Cook no se le acusó de falta de honestidad y que se le atribuía un historial que la mayoría de los exploradores considerarían envidiable. La recién completada tentativa al MacKinley desde el sur con Belmore Browne, Herschel Parker y otros, había llevado a cabo un reconocimiento muy importante de la zona, y como el grupo descendió el río Susitna hacia la ensenada Cook (bautizada así en honor del gran navegante inglés, no el doctor del que aquí tratamos), no perdieron la moral. Septiembre, que en la cordillera de Alaska presagia el comienzo del invierno, se acercaba deprisa, y de pronto Cook decidió regresar hacia el norte. Su motivación no estaba clara. Según Browne, cuando Cook sugirió volver de nuevo hacia la base del MacKinley para seguir reconociéndolo, Browne quiso ir con él. «Su contestación fue que su exploración se limitaría a ver si la ruta por agua [remontando los ríos Susitna y Chulitna] era practicable, y de nuevo me apremió a ayudarlo en su colección de piezas de caza». La implicación es evidente: Cook ya tenía en mente la noción de un engaño y no deseaba tener junto a él al escrupuloso Browne para contradecir su historia.

El relato del propio Cook en *To the Top of the Continent* resulta opaco y evasivo:

En pleno agosto se produjeron varios cambios entre el personal de la expedición y en el programa de trabajo... A consecuencia de varios fracasos y el inminente invierno, decidimos que nuestras energías para el breve periodo de temporada que nos que-

daba estaría mejor empleado en exploración que en escalar; y en ese sentido modificamos nuestros planes.

Pero Browne dijo que, justo antes de separarse de él, Cook envió un telegrama a un conocido hombre de negocios de Nueva Cork, en el que le decía: «Me preparo para un último y desesperado ataque al MacKinley».

Con Edward Barrill y un buscador de oro llamado Dokkin, Cook volvió a ascender en poco tiempo los ríos glaciares, ya de por sí un logro nada desdeñable. Cerca de la morrena terminal del glaciar Ruth (que Cook bautizó en honor a la hija habida de su segundo matrimonio), Dokkin se marchó a buscar oro y Cook y Barrill continuaron progresando por la majestuosa extensión del glaciar. Por las fotografías de Cook sabemos que alcanzó una altitud de unos mil quinientos metros en el Ruth. Al hacerlo, él y Barrill se convirtieron en los primeros hombres en entrar en lo que luego sería conocido como la Gran Garganta, un corredor glaciar con impresionantes precipicios de granito a ambos lados, cuya escalada suponía un desafío tan formidable que hasta mediados de la década de 1970 esos paredones no serían atacados por alpinistas.

Nuestros dos hombres se encontraban unos veinticuatro kilómetros al sur de la cumbre del MacKinley y cuatro mil quinientos metros más abajo. La cabecera del glaciar Ruth termina contra dos espolones altísimos que forman cornisa en lo alto y que más tarde llegarían a conocerse como Pilar Sur y Pilar Este. Esos espolones no serían ascendidos hasta 1954 y 1963 respectivamente. En ese punto, según lo que Cook admite de manera enigmática en *To the Top of the Continent*, él y Barrill aún no tenían intención de atacar la cumbre, pues

el invierno, con sus fuertes nevadas, sus mortíferas avalanchas, sus tormentas y su espantoso frío, ya estaba demasiado avanzado en altitud. Sólo esperábamos tener la ocasión de descubrir una ruta que permitiera una futura ascensión.

En cualquier caso, sostenía Cook, la pareja continuó. Fueron muy ligeros, con mochilas de apenas veinte kilos en las que llevaban comida para diez días y el material y la ropa imprescindibles. Las *prendas* de dormir hacían también las veces de anorak y fueron confeccionadas por la esposa del doctor a base de tela de estambre impermeable, pelo de camello y pluma de ganso. En este punto de su narración la prosa de Cook se vuelve cada vez más melodramática, al tiempo que sus descripciones se

hacen más vagas y generales. Bradford Washburn, el experto en el MacKinley responsable de desenmascarar en 1956-1957 que lo de Cook fue, sin ningún género de dudas, un fraude, cree que puede señalar la frase concreta en *To the Top of the Continent* en la que se deja de decir la verdad y se comienza a mentir. De hecho, Hudson Stuck informó de que, al publicarse el libro en 1908,

el escritor recuerda bien la avidez con la que su ejemplar (el único existente en Fairbanks) fue estudiado por cada hombre de las excavaciones [de oro] de Kantishna, y la perspicacia con la que detectaban el lugar en el que una vaga «escritura elegante» comenzaba a ser sustituida por descripciones precisas.

Según el texto de Cook, los dos avanzaron hacia el *espolón nordeste*. (El verdadero espolón nordeste, por el que Stuck subiría al MacKinley, resulta inaccesible desde el sur. Quienes creen a Cook suelen sostener que él quiso decir el espolón este del Pilar Este, ruta que sigue sin escalar.) Se supone que después de tres días de esquivar avalanchas llegaron a su cresta. La frase que cierra esa monumental batalla es típica de la imprecisión de Cook: «Ascendiendo de cresta en cresta y de cornisa en cornisa, salimos por fin de la sepulcral bruma para irrumpir en un luminoso nevero».

Durante los cuatro días siguientes, según Cook, la pareja durmió en cuevas que cavaron en la nieve. Una de las noches resultó particularmente difícil, pues la pasaron a cuatro mil trescientos metros y sobre repisas que tallaron en una pendiente de hielo de 60° y atados a sus piolets. A esas alturas, aún no tenían «decidido del todo subir hasta la cumbre», sino que se consideraban reconociendo la zona para expediciones futuras. A pesar de un objetivo tan modesto, pelearon contra el frío y la altitud hasta que, el 16 de septiembre, pisaron la cumbre. Cook describía el «granito descarnado» cerca de la cumbre y mencionaba haber dejado «un recuerdo de nuestra conquista» y una banderola, envuelta en un tubo metálico, que depositaron en un escondrijo protegido un poco más abajo de la cumbre». El descenso completo lo zanjaba Cook con una sola frase: «La bajada resultó menos difícil, pero nos llevó cuatro días regresar hasta nuestro campamento base».

¿Qué hicieron realmente Cook y Barrill durante los doce o trece días que pasaron en el glaciar Ruth? Podemos deducir sus movimientos con una precisión sorprendente. Tras penetrar por la Gran Garganta has-

ta el pie de una espectacular montaña que hoy se conoce como Mooses Tooth, se dieron la vuelta y regresaron descendiendo por el glaciar. Sin embargo, antes de dejar las montañas, remontaron un ramal del Ruth hacia el nordeste (en realidad se alejaron más del MacKinley que cuando estuvieron en la Gran Garganta). Eligieron una montañita insignificante, cuya cima no llegaba a los mil ochocientos metros, y la subieron. Cook sacó en su cumbre una foto, en la que se veía a Barrill sujetando una bandera estadounidense. Esa foto se publicó en febrero de 1908 en el relato *oficial* de Cook con el titular de «Lo más alto de nuestro continente».

Como ya se ha comentado, Belmore Browne sospechó que se trataba de un fraude desde el momento en que oyó la afirmación de Cook. Además de la ambigua admisión de Barrill («...si quiere informarse sobre el MacKinley vaya a preguntarle a Cook»), Browne tenía como evidencia el tiempo que Cook empleó, excesivamente breve. Como escribiría más adelante, «lo supe del mismo modo que cualquier habitante de Nueva York sabría que nadie puede caminar del puente de Brooklyn a la tumba de Grant en diez minutos». A su regreso a Nueva York, Browne y Parker presentaron sus evidencias ante el Explorers Club y la American Geographical Society. Como deportistas que juegan limpio, ambos sentían que no debían realizar acusaciones formales antes de que Cook no llevara a imprenta su engaño. Sin embargo, para cuando se publicó *To the Top of the Continent*, el doctor navegaba en secreto hacia el norte.

El asunto bien pudo haberse desvanecido en ese punto. La ascensión del MacKinley, tal como la veían Browne y Parker, era una «empresa deportiva» y por tanto «nuestras afirmaciones contra Cook eran en realidad más o menos privadas y personales». Pero el Polo Norte parecía, en palabras de Browne, «una cuestión de importancia internacional», así que cuando Cook llegó a Annoatok, Groenlandia, en abril de 1909, sosteniendo que había alcanzado el punto más septentrional de la tierra un año antes, se aupó a sí mismo de inmediato ante la opinión pública.

A diferencia de la afirmación de haber subido al MacKinley, de interés sólo para los habitantes de Alaska y los alpinistas, lo que atrajo la atención mundial fue la amarga controversia polar. Cook, con su regreso, le *tomó la delantera* a Robert Peary en unos cuatro meses, para disgusto y enfado de éste. A primera vista Cook pareció haberse llevado el gato al agua. Copenhague recibió al doctor como a un héroe y el presidente Taft le envió un telegrama de felicitación. El periodista W. T. Stead escribió: «Algunos creyeron en el doctor Cook desde el principio; todos le creen ahora». Peary dañó su propia imagen al convertirse en el principal detractor de Cook y decir que los

dos esquimales que habían viajado con Cook le habían dicho a él, a Peary, que el doctor no había hecho distancia alguna hacia el norte y que nunca perdieron la tierra de vista. Cook, por su parte, trató a Peary con magnanimidad y aceptaba su afirmación de haber llegado al polo como genuina (aunque posterior en un año a la suya). En otoño de 1909, una encuesta llevada a cabo por el *Pittsburg Press* arrojó un resultado de 73.238 personas que creían a Cook frente a 2.814 que creían a Peary.

Quienes reavivaron más que nadie el contencioso sobre el MacKinley fueron los miembros del Peary Arctic Club, el grupo de ricos promotores del explorador de más edad. En octubre, entre rumores contradictorios acerca de que si se disponía a exonerar a Cook o a pasar información comprometida a los amigos de Peary, Edward Barrill llegó a Nueva York. El día 15 de ese mes, en la portada del *New York Times* apareció la sorprendente noticia de que Barrill había firmado una declaración jurada en la que negaba que él y Cook hubieran estado alguna vez cerca de la cumbre del MacKinley. El testimonio del herrero de Montana indicaba que lo más cerca que estuvieron de la montaña fue a veintidós kilómetros, y que nunca subieron por encima de los dos mil cuatrocientos metros (en realidad, nunca pasaron de los mil ochocientos). Tampoco hicieron ninguna cueva de hielo. Barrill decía que él llevaba un diario, cuyos apuntes le dictaba Cook. El 12 de septiembre el doctor le ordenó que dejase de anotar cosas y que dejara en blanco las páginas correspondientes. Ese mismo día hicieron la fácil caminata al Pico Falso, y en su cumbre, según Barrill, Cook le dijo: «Bajaremos un poco y haremos una foto de esto... Ese pico hará bien de cumbre del MacKinley». El 16 de septiembre, unos días antes de volver a reunirse con el buscador de oro Dokkin, Cook le pidió a Barrill el diario y procedió a *cocinar* sus apuntes.

¿Por qué, entonces, mantuvo Barrill durante tres años las mentiras de Cook? Al principio, confesó Barrill, se trataba meramente de «una fanfarroñada», y se imaginó que si le seguía la corriente a Cook, podría recibir más dinero de él. Lo que se deduce con claridad es que Barrill nunca soñó que la verdad sobre ese asunto llegara a despertar un interés tan generalizado.

En el mismo ejemplar del *Times* aparecían testimonios de Walter Miller, el fotógrafo de la expedición de 1906, así como del capitán Armstrong, otro de sus miembros, que corroboraban la falsedad. Armstrong revelaba que durante la expedición Browne emergió como el auténtico líder del grupo, pues tenía muchísimo más talento que Cook, el líder teórico. «Browne era el sol de nuestro grupo —escribió Armstrong—, y viajar con él fue un verdadero deleite».

Cook mantenía tercamente su inocencia. «Nunca supe siquiera que Barrill llevaba un diario», dijo. Pero la declaración jurada minó seriamente la credibilidad de Cook, no sólo en el caso del MacKinley, sino en la disputa polar. Bien podría considerarse el punto de inflexión en el que se comenzó a aceptar públicamente a Peary como al auténtico descubridor del punto más septentrional de la tierra.

Cook no se retiró humildemente. Sus numerosos amigos en el Explorers Club y la American Geographical Society se apresuraron a defenderlo. Se despreciaba a Barrill, y Browne escribiría más tarde:

Al recapacitar sobre aquella controversia tan destacable, sigo lleno de asombro ante la gran cantidad de rencor y venganza mostrado por los acérrimos del doctor Cook. Hombres que jamás habían visto un piolet o un perro de trineo nos escribían resmas de detalles de exploración distorsionados y nos acusaban de crímenes indescriptibles porque habíamos osado dudar de la honestidad de Cook.

Se organizó un careo ante un comité del Explorers Club. Browne y Parker fueron llamados como testigos. A Cook le dijeron que no debía considerarse a sí mismo como a un culpable que trataba de defender su inocencia, sino más bien, en palabras de Browne, «como a un hombre honesto al que sus amigos daban una oportunidad de quedar libre de sospecha». Sea como fuere, Cook se negó a testificar. «Dijo que sus fatigas en la larga noche polar habían afectado su memoria y que no podría contestar preguntas sin consultar su diario». Pidió dos semanas de tiempo y entonces desapareció.

Browne y Parker planeaban otro intento al MacKinley desde el sur para el verano de 1910. No pudo dejar de ocurrírseles que si pudieran encontrar el pico en el que Cook tomó su falsa foto de cumbre, y sacaran ellos un duplicado de la misma, podrían dejar zanjado el asunto del MacKinley de manera definitiva. Eso podría asemejarse a encontrar una aguja en un pajar, pero Cook había cometido un grave desliz: en una esquina del fondo de su *foto de cumbre*, detrás de Barrill y la bandera que éste sostenía, podía verse la cresta de una montaña lejana, una montaña que ambos coincidían en reconocer como uno de los escarpados picos de la vertiente oeste de la Gran Garganta. El ángulo con el que dicha cumbre se veía en la foto dejaba claro que no podría haber sido fotografiado desde cerca del MacKinley (desde cuya cumbre, de hecho, ese pico se volvería

casi invisible en lugar de destacarse su silueta recortada contra el cielo). Browne y Parker estaban tan seguros de que lo lograrían, que incluso pensaban poder ubicar el Pico Falso antes de salir de Nueva York.

En la expedición de 1910 el par de sabuesos llevó copias de las fotos de Cook, no sólo de la cumbre, sino también de la Gran Garganta, las cuales habían aparecido con pies engañosos como «Nubes y abismos, 4.000 metros». Subieron por el glaciar Ruth a través de la cabecera de la Gran Garganta hasta adentrarse en lo que hoy se conoce como el Anfiteatro Don Sheldon (en honor de uno de los más grandes pilotos de montaña de Alaska). Se adentraron bastante en el borde occidental de la cuenca glaciar, pero las fortísimas pendientes que bajaban del Pilar Sur los detuvieron de golpe. El MacKinley tardaría cuarenta y cuatro años en ser ascendido por esa vertiente. Pero la expedición triunfó por completo en su objetivo secundario: copiar con exactitud la foto que Cook había hecho pasar por «lo más alto del continente».

Cuando Browne y Parker encontraron el Pico Falso, quedaron sorprendidos de su diminuto tamaño, pues apenas era un resalte sobre la arista que asomaba por encima del glaciar. Pensaban que al menos Cook habría ascendido una montaña de cierta altitud, pero según parece «resultaba mucho más sencillo escalar con tinta de imprenta». Cuando se acercaron a lo alto de aquella montañita, Parker gritó: «¡La encontramos!» Pudieron subir al lugar donde Cook fotografió a Barrill y comparar las siluetas, incluso rocas individuales, con los detalles de las fotos que tenían en sus manos. El pico en el borde occidental de la Gran Garganta quedaba en el horizonte derecho, exactamente igual que en la foto de Cook. Todos los detalles encajaban, puesto que, como Browne sabía, «nadie puede mentir topográficamente. En todas las cordilleras del mundo no hay dos montañas idénticas». La única diferencia significativa era que en septiembre de 1906 el Pico Falso tenía mucha menos nieve que en julio de 1910. Pero eso les pareció secundario y Browne fotografió con cuidado a Herman Tucker, con bandera y todo, en el mismísimo lugar en el que posó Barrill.

A lo largo del año siguiente la estrella de Cook cayó de manera espectacular y en proporción inversa a lo que ascendió la de Peary. La *périda* de los datos de observación de Cook en el Ártico le perjudicó, como lo hizo la declaración negativa de los esquimales que lo acompañaron y, por supuesto, la declaración jurada de Barrill. La controversia se ensució hasta tal punto, que puso en marcha una investigación del Congreso. Había fundados motivos para dudar de la afirmación de Peary, así como de la de Cook, en particular algunas distancias sospechosamente largas cubiertas

durante los últimos días del ataque al polo. Pero Peary tenía el poderoso respaldo de su Arctic Club, del que se cuenta que aportó trescientos cincuenta mil dólares en la defensa de su héroe. Por último, el 4 de marzo de 1911, el presidente Taft firmó un certificado en el que acreditaba que Peary había alcanzado el Polo Norte. Junto con ese honor, recibió una pensión vitalicia de la armada de Estados Unidos. Por su parte, a Cook se le expulsó del Explorers Club y del Club Alpino Estadounidense.

Browne y Parker pensaron con acierto que duplicar la foto de cumbre de Cook zanjaría para siempre el asunto del MacKinley, independientemente de la resolución del conflicto polar. Pero ése no sería el caso. Cook comenzó a atraer un nuevo tipo de apoyo, nacido sobre todo de la solidaridad con el perdedor. En 1913 un fotógrafo acusó a Browne de *pintar* el duplicado de la foto de cumbre. Dos *expertos* publicaron sendos análisis de la controversia sobre el MacKinley, en los que cada uno de ellos argumentaba que al menos había seis diferencias significativas entre las fotos de Cook y la de Browne. Uno de ellos, Edwin Balch, empleaba un extraño razonamiento indirecto para sostener que como un montañero británico había publicado un reportaje nada escéptico de *To the Top of the Continent* en el *Alpine Journal*, la ascensión se «aceptaba de manera incuestionable» por los expertos en el asunto.

Los partidarios acérrimos afirmaban que el Peary Arctic Club había pagado a Barrill para hacer una declaración jurada falsa. En Hamilton, Montana, el terreno de Barrill, Cook rebatió en público a su anterior compañero. Los relatos de testigos presenciales destacaban que a Cook le corrían gotas de sudor por la frente, así como sus infructuosos esfuerzos por quitar hierro al asunto para que aquello no pareciera una confrontación. Barrill mantuvo erre que erre los hechos de su declaración jurada y añadió que Cook le había enviado una carta desde el Labrador en la que le decía: «Por el amor de Dios, manténgase callado y cuando yo vaya le llevaré un trozo del polo». La velada acabó, como era de esperar, con una resolución pública que daba credibilidad a la tesis de Barrill.

El resto de la vida de Cook consistió en un estoico ejercicio de aguante de la humillación. Fue a una expedición más, un viaje antropológico a Borneo. Se convirtió primero en geólogo en Wyoming y luego en promotor petrolífero cerca de Fort Worth, Texas. En este último Estado creó una Asociación de Productores de Petróleo y vendía sus acciones por correo. Una investigación gubernamental declaró que las tierras que poseía su compañía no valían nada y en 1923 se le acusó de utilizar el correo para defraudar. Cumplió cinco años de prisión en Leavenworth,

además de casi dos años de cárcel mientras se dedicaba a apelar de manera inútil. Peculiarmente, fue un preso modélico, con fama de ser el interno más popular del penal. Sostenía con firmeza su inocencia y, de hecho, durante su confinamiento algunas de las tierras *sin valor* sobre las que había vendido acciones fueron desarrolladas por posteriores propietarios con inmenso beneficio. (John L. J. Hart, un experto montañero y abogado que tuvo que ver con alguno de los litigios en torno a la especulación de Cook con los terrenos, cree que el doctor actuó esencialmente de buena fe en aquellos negocios.)

Cuando salió en libertad condicional en 1930, Cook tenía sesenta y cuatro años y era un hombre destrozado. Los últimos diez años de su vida los pasó en la pobreza, mantenido por su leal hija Helene. Durante el primer lustro de esos diez años fue escribiendo poco a poco *Return from the Pole*, su relato del viaje de doce meses durante el cual, junto a sus dos compañeros esquimales, viajó, según cuenta él, 6.500 kilómetros viviendo de lo que daba la tierra, capeando el invierno y circunnavegando la isla de Ellesmere tras una excursión inicial al polo comparativamente fácil. (Cómo pasó Cook el resto del año continúa sin estar claro.) Publicado de manera póstuma, *Return* posee una serenidad triste, ausente de sus libros anteriores; aunque toda la obra sea una fantasía, permite profundizar más en ese hombre *sin imaginación* que cualquier otra cosa que haya escrito.

Cook falleció en 1940. En su lecho de muerte fue perdonado por el presidente Roosevelt. Con su desaparición, cabría pensar que los escándalos de treinta años atrás pasarían a la historia y que Cook sería recordado como un explorador que intentó de manera patética engañar al mundo entero. Pero la perseverancia de las escasas personas que creían en él de manera recalcitrante, con su hija Helene Cook Vetter a la vanguardia, mantuvieron encendida la brasa de las controversias tanto sobre el polo como sobre el MacKinley. Los partidarios acérrimos se aferraban a las «diferencias significativas» señaladas por Balch entre las fotos de Cook y de Browne. El propio Browne se vio sujeto a un continuo acoso durante años. Su nieto Brock recuerda hoy que «la tía Evelyn [la hija de Browne] solía decir que “lo que debimos haber hecho es ofrecer a *cualquiera* cincuenta mil dólares por escalar el MacKinley por la ruta por la que Cook sostenía haber subido, con el material que llevaba y en el tiempo que dijo que empleó. Eso hubiera zanjado el asunto”».

De hecho, una expedición trató de hacer algo así. En 1956 un grupo encabezado por Walter Gonnason, financiado en gran medida por

Helene Vetter, atacó el espolón este del Pilar Este del MacKinley, identificado como el que Cook *tuvo que* haber escalado. El grupo de Gonnason llegó en avioneta hasta el glaciar Ruth, con lo que se ahorró la agotadora marcha de aproximación. Contaban con material ligero moderno y con cuarenta y cinco años de avances en técnicas de escalada. A pesar de todo eso, en catorce días sólo consiguieron alcanzar 3.500 metros, 2.800 metros por debajo de la cumbre. Lo que detuvo su avance fue una arista afiladísima y con cornisa a ambos lados, el primer obstáculo de alta dificultad técnica de su larga y potencialmente difícil ruta. Como señala Bradford Washburn, Gonnason fue la única persona en todos esos años que sabía algo sobre alpinismo y creía que Cook había subido al MacKinley.

A mediados de la década de 1950 Washburn decidió resolver la controversia sobre el MacKinley para que se disiparan todas las dudas. Washburn, la primera persona que subió la montaña tres veces, sabía que la descripción que dio Cook de la cima no se parecía en nada a la cumbre verdadera. No había «granito descarnado» a treinta metros de la cumbre, ni «escondrijo protegido» en el que Cook pudiera haber escondido un bote metálico. Él sabía que Cook pudo haber descrito la configuración general de las crestas superiores del MacKinley (lo que sirvió como argumento de peso a sus defensores a lo largo de los años), basándose simplemente en dos perspectivas que tuvo desde abajo, una desde el norte en 1903 y la otra desde el sur, en la Gran Garganta, en 1906. Washburn quería, sobre todo, echar por tierra el argumento de las «diferencias significativas» mediante una copia perfecta de la que él llamaba «probablemente la fotografía más controvertida de la historia de la exploración». Para esta última tarea iba equipado de maravilla. Durante dos décadas, Washburn no sólo se había convertido en un experto en el MacKinley, sino en el mejor fotógrafo aéreo de montaña del mundo.

En el verano de 1956, Don Sheldon dejó con su avioneta al grupo de Washburn sobre el glaciar Ruth. Llevaban consigo copias de las fotos de Cook, al igual que hiciera Browne cuarenta y seis años antes, y consiguieron localizar los lugares exactos desde los que fueron tomadas todas las fotos inculpativas de Cook salvo dos (las dos fotos «no identificadas» restantes eran de primeros planos, y su calidad general sugiere con fuerza que se tomaron en la Gran Garganta). Tras duplicar esas fotos, ninguna de las cuales indicaba que se había penetrado más allá del cuello superior de la garganta, Washburn centró su atención en el Pico Falso.

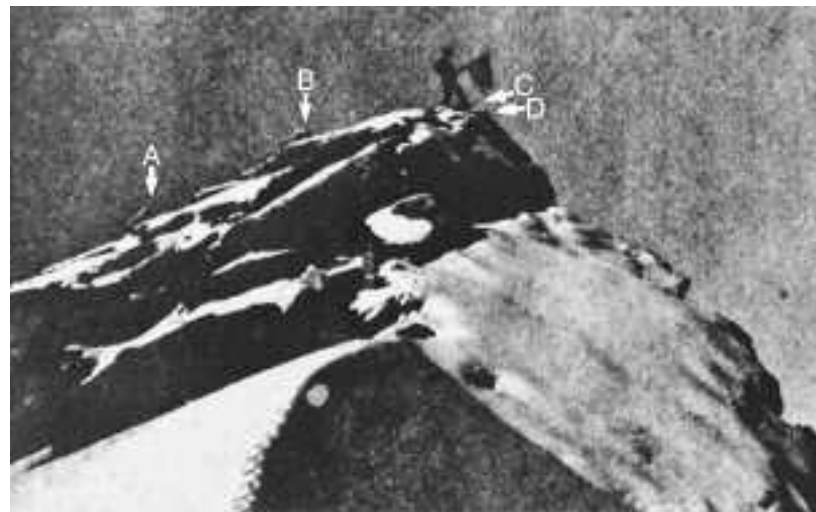
En la base de esa diminuta montaña el grupo descubrió algunas cosas fascinantes. Nile Albright se encontró con la nota que Belmore

Browne dejó para documentar su visita en 1910; seguía pudiéndose leer perfectamente. Otros miembros del grupo encontraron tres latas de combustible de medio litro, aparentemente de Cook, una clavija de tienda y un saco de algodón, así como un cartoncito de película antiguo que Kodak identificaría más tarde como del tipo del que hubiera llevado Browne. Subir al Pico Falso no suponía dificultad alguna. En su cumbre, Washburn volvió a duplicar la foto que Cook hizo de Barrill. Con una cámara mucho mejor que la de Browne, Washburn fue capaz de aislar detalles de la montaña tan pequeños como un puño. Aunque la superficie rocosa del pico se había desmoronado mucho durante los cincuenta años transcurridos desde la visita de Cook, casi todo el resto de los detalles coincidían (la grieta que iba de la parte superior izquierda a la inferior derecha de la foto, el bloque de piedra al que le asomaba una protuberancia en el medio...). La evidencia era irrefutable, pero a pesar de todo el ángulo de la foto de Cook era ligeramente diferente al de lo que ellos veían ahora. Washburn se dio cuenta poco a poco de que el nevero que tanto Cook como Browne pisaron había desaparecido por completo, bien por haberse fundido o por haberse desprendido de la cresta. El punto donde estuvo Cook en 1906 quedaba ahora unos doce metros más alto, ien medio del aire!

Las fotos de Washburn eran contundentes, pero un viejo amigo de escaladas suyo, Adams Carter, decidió regresar en 1957 para sellar definitivamente el caso. El grupo de Carter llegó con trozos de tubería de aluminio que podían ensamblarse para formar un poste largo. Arriostando el poste firmemente contra las rocas, lo anclaron lo suficiente como para que trepara por él una persona. Carter sacó fotos desde lo alto del poste desde un lugar situado a 3 metros del punto donde estuvo Cook en 1906.

La evidencia fotográfica, junto con una crítica detallada, apareció en el *American Alpine Journal* de 1958, la publicación anual del club del que Cook había sido un miembro fundador. Montañeros de todo el mundo leyeron con detenimiento la exhaustiva investigación y la documentación que habían reunido Washburn y Carter. Y ellos mismos dijeron que aquí, por una vez, se había desenmascarado un fraude de manera completa e irrefutable.

Sorprendentemente, los que creían a Cook no se dieron por vencidos. Helene Vetter persistió impávida con su campaña de justificación. En 1961 y 1973 aparecieron dos biografías de Cook que exoneraban al doctor del engaño. Hugh Eames, el autor de la más reciente (titulada *Winner Lose All*) no está tan loco como para sostener que sigue habiendo



Célebre foto cumbre del MacKinley de Frederick Cook, tomada en realidad en lo alto de un insignificante montículo de roca y nieve unos treinta y dos kilómetros al sudeste del MacKinley y 4.600 metros más abajo. El único compañero de Cook, el jinete de Montana Edward Barrill, posó para la foto con una bandera estadounidense, pero más tarde haría una declaración jurada en la que admitía que él y Cook no se habían ni siquiera acercado a la cumbre del MacKinley.

diferencias significativas entre las fotos de Washburn y las de Cook. Admite que Cook falseó la foto de cumbre, pero que lo hizo porque no tenía fotos de cumbre debido a la dificultad de conseguir cámaras que funcionaran a gran altitud y con mucho frío. La *prueba* de que Cook hizo cumbre se basa en similitudes de una vaguedad irrisoria entre la prosa de Cook y la de personas que más tarde subirían al MacKinley. Por ejemplo, Cook había escrito que en la cumbre «sentimos ganas de gritar, pero no teníamos resuello». Grant Pearson, de su visita a la cumbre en 1932, dijo: «Hacía demasiado frío para gritar». Y cosas así. No hace falta ser alpinista para ver lo falaces que resultan las afirmaciones de Eames. Aún así, tal vez sea una señal de la credulidad estadounidense que *Winner Lose All* fuera reseñado en periódicos y publicaciones populares de manera positiva.

Para Washburn, la incesante voluntad de creer en el martirio de Cook es motivo de indignación y disgusto. Como escribiera en el *American Alpine Journal*, «parece que los estadounidenses se unen con



En 1957 H. Adams Carter dirigió una expedición que duplicó la escena de la foto de cumbre de Cook. Con ella probó que dicha instantánea fue tomada en el insignificante Pico Falso. Aunque después de todos esos años la cantidad de nieve era mucho menor, a base de levantar un poste de aluminio y encaramarse a él, Carter fue capaz de situarse en la práctica en el punto desde el que Cook fotografió a Barrill en 1906. Los detalles A, B, C y D son inconfundiblemente los mismos en ambas imágenes.

nobleza alrededor de un perdedor acorralado y que a nadie le gusta encarar los hechos de un gigantesco fraude o mentira». Y, como demostró Watergate, los estadounidenses pueden aceptar alegremente a un embaucador desenmascarado y pueden tomar parte activa en su humillación pública, como hicieron en 1911 cuando Cook pasó de ser un conquistador del polo a un charlatán de medio pelo. Hay algo sobre la consistencia del hombre a lo largo de los años, el hecho de que nunca se desmoronara ni confesara, que pudo explicar la persistente creencia en él como un héroe convertido en víctima. Fue un hombre valiente, de eso no cabe duda. En el prefacio a *Return from the Pole*, Frederick Pohl, uno de los paladines de Cook, compara su suerte con la de un navegante italiano cuatro siglos antes:

Su tragedia estuvo a la par de la de Colón. Fue rechazado, menospreciado, encarcelado y arrinconado. Colón recurrió a la ayu-

da divina. El doctor Cook confió en el sentido innato de los hombres en la justicia.

Eames concluye que «en la historia de la democracia estadounidense él destaca como persona de más genuina grandeza y en cierto modo regia, su Príncipe de Perdedores».

Tan desconcertante como la persistencia de la fe en la honestidad del doctor Cook es el enigma del hombre como tal. ¿Por qué, a los cuarenta y un años, con un envidiable historial de exploraciones a sus espaldas, decidió falsear la ascensión? ¿Y por qué, habiendo decidido hacerlo, se cuidó de manera tan poco adecuada de las inevitables sospechas de sus antiguos colegas? Robert Dunn, años más tarde, imaginó a Cook mintiendo de manera compulsiva.

«¿Lo hiciste?» le preguntaría un explorador de Alaska apenas descendió hasta el bosque, y el doctor habría respondido: «Claro». Después de eso, la mentira sobre el polo resultaría sencilla. Puede que no supiera hasta qué punto del norte llegó. Nadie puede ubicar el polo sin instrumentos, y tomar mediciones precisas, siempre pareció estar más allá del alcance del doctor.

Pero en la personalidad de Cook hay fuertes indicios de premeditación deliberada respecto a las cosas. Está el telegrama que Browne insiste que Cook envió al hombre de negocios de Nueva York. ¿Planeaba ya el engaño, a bordo de un barco en la ensenada Cook? En 1906 el doctor ya estaba obsesionado con el Polo Norte. Más de un observador ha sugerido que él engañó con lo del MacKinley porque pensaba que le aportaría la fama y el dinero necesarios para pagarse una expedición al Ártico.

La fama la logró. Pero de un solo golpe —o más bien en dos— arruinó su vida al convertirla en una batalla obsesiva contra sus detractores. Como se ha dicho, Cook sentía predilección por entender el mundo en términos de lucha elemental entre la vida y la muerte. Hay algo en la vida de más de un explorador embustero que suspira por lo simplista y espectacular. La elección de mentir en una gesta gloriosa, sobre todo cuando uno no puede dejar de anticipar la controversia que acarreará, puede venir de un hambre reduccionista para alinear el mundo en dos campos de guerreros: enemigos y amigos leales, con el *uno mismo* como punto central. En Cook, al igual que en otros embaucadores,

había toques, ya discernibles en 1903, si podemos creer a Dunn, tanto de megalomanía como de paranoia. Así, la terca persistencia para tratar de lavar su nombre cobra todo sentido: fue la representación de una desesperada necesidad de aferrarse al *uno mismo*, rodeado como estaba de impostores sonrientes que (uno siempre lo supo) estuvieron allí desde el principio.

Dejemos que sea Dunn quien diga la última palabra:

Una noche entré en el bar de la vieja esquina de Waldford y lo encontré vacío, salvo por un hombre sentado solo en una mesa, que daba sorbos de champán. Me acerqué. El doctor sonrió plácidamente.

—*Eh, doctor. ¿Engañaste a todo el mundo, eh? —le dije a modo de saludo.*

Debimos charlar durante una hora y su verborrea repetía la historia ya publicada. No sabría decir si él se creía o no lo que contaba, pero la manera de justificar sus afirmaciones se volvía patética. No volví a verle.

Bibliografía

- BALCH, EDWIN SWIFT. *Mount MacKinley and Climber's Proofs*. Filadelfia, 1914.
- «Barrill dice que Cook nunca estuvo en la cumbre del MacKinley», *The New York Times*, 15 de octubre de 1909.
- BROWNE, BELMORE. *The Conquest of Mount MacKinley*. Nueva York, 1913.
- COOK, FREDERICK A. *My Attainment of the Pole*. Nueva York, 1911.
- *Return from the Pole*. Nueva York, 1952.
- *To the Top of the Continent*. Nueva York, 1908.
- DUNN, ROBERT. *The Shameless Diary of an Explorer*. Nueva York, 1907.
- *World Alive: A Personal Story*. Nueva York, 1907.
- EAMES HUGH, *Winner Lose All: Dr. Cook and the Theft of the North Pole*. Boston, 1973.
- FREEMAN, ANDREW A. *The Case for Doctor Cook*. Nueva York, 1961.
- «Guía del MacKinley viene a ver a Cook», *New York Times*, 14 de octubre de 1909.
- RAWLINS, DENNIS. *Peary at the North Pole: Fact or Fiction?* Washington, 1973.

ROST, ERNEST C. *Mount MacKinley. Its Bearing on the Polar Controversy*. Washington, 1914.

RUSK, CLAUDE E. «On the Trail of Dr. Cook», en Howard Palmer, *Pamphlets and Mountaineering*, vol. 3, no. 39 Club Alpino Estadounidense, Nueva York.

STEAD, WT. «Dr. Cook: The Man and the Deed», *Review of Reviews*, vol. 40 (octubre 1909).

STUCK, HUDSON. *The Ascent of Denali (Mount MacKinley)*. Nueva York, 1914.

THORINGTON, J. MONROE. «Frederick Albert Cook» en *Anales de Club Alpino Estadounidense*. *American Alpine Journal*, vol. 6 (1946).

WASHBURN, BRADFORD. «Doctor Cook and Mount MacKinley», con ayuda de Adams y Ann Carter, *American Alpine Journal*, vol. 11, no. 1 (1958).

— «Informe especial del Club Alpino Estadounidense en referencia a la afirmación de que el doctor Frederick A. Cook y Edward Barrill hicieron la primera ascensión al MacKinley en septiembre de 1906», texto mecanografiado que no se publicó en la biblioteca del Club Alpino Estadounidense, Nueva York, enero 1958.

Posdata

En el año 2000, casi un siglo después de la fraudulenta primera ascensión del MacKinley y sesenta años después de su muerte, Frederick A. Cook continúa teniendo legiones de partidarios que creen firmemente en él. El fervor de sus acérrimos ha crecido incluso durante las dos últimas décadas, al tiempo que la agresividad de quienes combaten a sus detractores se ha intensificado. El bastión de aquellos que rehabilitarían al Príncipe de los Perdedores de Estados Unidos continúa siendo la Frederick A. Cook Society, que cuenta con unos ciento cincuenta miembros, la mayoría leales partidarios de pelo cano.

Después de la tentativa de Walter Gonnason en el espolón este del Pilar Este del MacKinley en 1956, la Cook Society financió en 1994 una expedición mucho más ambiciosa, encabezada por un jubilado de la Seguridad Social de Seattle llamado Ted Heckathorn. El equipo incluía dos alpinistas estrella, Scott Fischer (que moriría en el Everest en mayo de 1996) y Vern Tejas.

Tras hacer la aproximación por el sur, remontando el glaciar Ruth, como hicieran Cook y Barrill en 1906, el grupo llegó a la cresta del espolón este un poco más arriba de los 3.300 metros. Desde allí, Heckathorn

y Fischer pensaron que la vista que se tenía del Pico Pegasus hacia el norte (oculta desde cualquier otro punto más bajo de la aproximación) concordaba con un boceto del diario de Cook, con lo que se *probaba* que el explorador, al menos, había cresteado el espolón este en 1906. (El mismo tramo de espolón con precarias cornisas entre los 3.470 y los 3.630 metros que detuvo a Gonnason en 1956 echó atrás a Fischer y Tejas en 1994; hasta la fecha, ese tramo de espolón no se ha atravesado.) De modo que la potente expedición de Heckathorn se dio la vuelta en la supuesta vía de Cook cuando aún estaban a 2.750 metros por debajo de la cumbre.

Ese revés no mermó ni mucho menos el fanatismo de Heckathorn. «Pusimos a Cook allí arriba, entre 3.350 y 3.650 metros en el espolón este», le dijo a un periodista tras la expedición. «Justo antes de partir hacia el Everest, Scott Fischer recordaba lo que logramos. “Estuve en el punto de la arista en el que estuvo Cook”, me dijo Scott, “y me hermané con él. Miré hacia arriba, en dirección a la misma arista, y vi la ruta hasta la cumbre. Era factible”».

Vern Tejas no acabó la expedición tan seguro de que Cook hubiera podido hacerlo, pero insistía en que «si alguien llega a probar algún día que Cook fue el primero en subir al MacKinley, la historia del alpinismo se pondrá patas arriba como no lo ha hecho hasta ahora».

Bradford Washburn, que cumplió 90 años en 2000, ha dedicado un montón de energía en los últimos años a enterrar definitivamente el mito de Cook. En 1997 Washburn retó por escrito a la Cook Society a que financiara una expedición de dos personas de más de cuarenta años, de edad y experiencia parejas a las de Cook y Barrill, y con el mismo material que llevó el dúo en 1906. Esas personas tendrían doce días a comienzos de septiembre para recorrer los ciento cuarenta y un kilómetros que suponen partir de Alder Creek, remontar el glaciar Ruth, seguir por el espolón este hasta la cumbre del MacKinley y regresar al punto de partida. Ello supone subir y bajar un desnivel de 6.010 metros. Huelga decir que la Cook Society declinó aceptar el reto.

El año anterior, tres jueces en Fairbanks dictaron sentencia sobre un juicio de broma en el que se debatía la afirmación de haber subido al MacKinley en 1906. Washburn hacía de fiscal, mientras que la Cook Society se negó a designar un abogado defensor. (Dos jueces fallaron contra Cook, y el tercero se abstuvo.) En 1997, en Portland, Oregón, Heckathorn y Washburn se enzarzaron en una discusión en un simposio sobre el MacKinley.

Los papeles y reliquias de Cook se almacenaron durante décadas en el sótano del Sullivan County Museum, en la tranquila población de Hurleyville, Nueva York. Trozos de trineo y sacos de dormir se agolpaban tras vitrinas sucias, y en las paredes colgaban aburridos discursos de multicopista y carteles, todos defendiendo la inconfundible verdad de las afirmaciones de Cook. También había fotos amarillentas del explorador en las que estrechaba la mano a personas como Amundsen y Rasmussen. Parecía un lugar surrealista de rancia dignidad, mantenido por personas que se aferran de manera tozuda a una idea desacreditada.

En 1996, los archivos de Hurleyville se desmantelaron y fueron enviados a la Ohio State University, donde se han catalogado y almacenado en un conservatorio nuevo y de alta tecnología filial del Richard E. Byrd Polar Center. No se les pudo haber ocurrido un cambio más oportuno, pues el almirante Byrd basó toda su carrera en el fraude de su propia exploración: haber sido el primero en sobrevolar el Polo Norte en 1926, lo que ya se sabe que no fue cierto (ver el capítulo 8). De modo que el excéntrico altar de Hurleyville, tan apropiado para la alocada ciencia del doctor, se ha transformado en un sobrio centro de investigación, con carpetas libres de ácido y pilas de nueve metros de alto que, a temperatura controlada, llenan la habitación desde el suelo hasta el techo con cajas y archivos numerados.

Por su parte, a Washburn le sigue exasperando la fe ciega que continúan teniendo los admiradores de Cook. Pero él mismo ve con cierta melancolía la trágica figura de Cook. Según Washburn, tal vez el comentario más tierno y cabal escrito sobre el díscolo aventurero fuera el pronunciado por Claude Rusk, un explorador rival del MacKinley durante la primera década del siglo xx. «Aquel viaje, cuando [Cook] en compañía de otra única persona hizo frente a la aterradora soledad del glaciar Ruth y penetró en la salvaje y agrietada región al pie del MacKinley, debería, por sí solo, haberle hecho famoso», escribió Rusk. «Pero el Diablo lo llevó a un monte altísimo y le mostró las glorias del helado mundo alpino, y el doctor sucumbió. Cubrámosle con el manto de la caridad y creamos, si somos capaces, que por las venas de esta mente brillante corre un hillo de locura».